mente. Este intento de acercamiento, en el cual se agrupan todos los aspectos inherentes a la comunidad (trabajo, familia, etc.), es esencial para dar una solución adecuada al problema de la vivienda.

LAS MUJERES Y EL AÑO INTERNACIONAL DEL ABRIGO PARA LOS DESTECHADOS

Esperamos que 1987, el Año Internacional del Abrigo para los Destechados, aportará un impetu nuevo a estas ideas y alternativas. La meta más importante en este año será la de colocar a las mujeres al frente de todos los aspectos del proceso de construcción, desde el planteamiento de las políticas de vivienda, hasta el diseño y la construcción.

Las políticas de vivienda deben considerar las necesidades de las mujeres independientemente, ya que cada día más y más mujeres se están convirtiendo en las cabezas de la familia y su hábitat debe relacionar su trabajo doméstico y su actividad profesional.

Esta aproximación, que integra la provisión de empleo, la vivienda y los servicios básicos, es especialmente importante en las comunidades de bajos ingresos de los países en desarrollo.

Las mujeres han demostrado una iniciativa extraordinaria para mejorar su medio ambiente inmediato y son capaces de construir su propio hogar, desde el comienzo hasta el final. No solamente han construido sus propias viviendas, sino que han comenzado a edificar casas para otros.

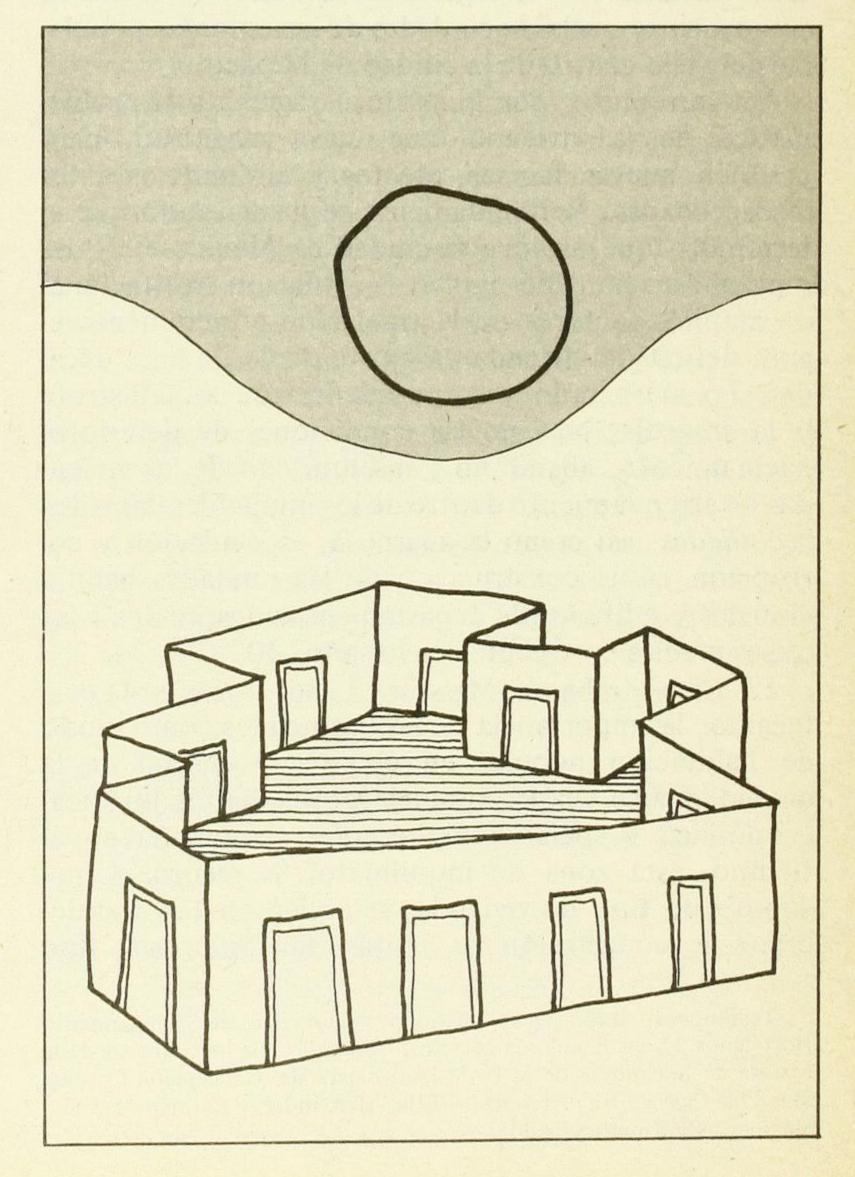
Por esas cuatro paredes

Alejandra Massolo

". . . y en ese momento sentí que se me derrumbaba un pedazo de mi cuerpo."

a casa, ese lugar que identifica y define a la mujer en la sociedad, en las mentes, en los corazones y en los cálculos económicos y políticos. En la vivienda, el hogar, la unidad doméstica, como se la quiere ver y conceptualizar (desde lo urbanístico-arquitectónico hasta lo demográfico-sociológico), sabemos que la mujer es la hacedora y organizadora cotidiana de la vida familiar, en la trastienda del mundo "privado" doméstico que se desenvuelve en el espacio habitacional. ¡Un ámbito imprescindible, pero también un problema!

Un problema porque había que salir de ese confinamiento histórico para romper simbólicamente con el encierro de esas cuatro paredes, para reclamar, luchar y abrir camino en la liberación de la mujer de las múltiples formas de discriminación y opresión de género en la sociedad. Otro, porque al integrarse a las actividades laborales fuera del hogar, por las nuevas etapas y exigencias del desarrollo económico, había que hacerse cargo de una doble jornada de trabajo. En particular para las clases trabajadoras, la vivienda significa otro grave problema, porque como bien de uso necesario para su reproducción se enfrenta al carácter que adquiere de mercancía en el sistema capitalista. Esto es, se convierte en un valor de cambio dentro de la lógica de la ganancia del mercado inmobiliario, del que quedan excluidos gran parte de los trabajadores y sectores populares de bajos ingresos.



La casa, ese "lugar de la mujer", será entonces, como conocemos en nuestras ciudades de América Latina, una construcción precaria y carente de los servicios básicos, levantada con los materiales de los que se pudieron echar mano, por esas manos de hombres y mujeres explotados y segregados, que autoconstruyen con el esfuerzo familiar en las periferias de la expansión urbana. O será esos cuartos "redondos" estrechos y antiguos en las zonas "tugurizadas" de inquilinato popular del centro de las ciudades.

En uno u otro modo de habitación, las mujeres siempre han estado construyendo y reconstruyendo la vida cotidiana, las labores domésticas, las redes de sobreviviencia y defensa de las condiciones de vida, desde y alrededor de la vivienda. Es por esto que cuerpo de la mujer y pared de la casa pueden llegar a identificarse en una unidad afectiva, que hace sentir cuando se destruyen las paredes, que se derrumba "un pedazo de mi cuerpo", como llegó a decir una mujer de una vecindad de la colonia Morelos.*

Hay mucha historia de vida de la mujer contenida dentro de las paredes de una casa destruida, más aun cuando existe una larga historia de ocupación e identidad urbana con el lugar de habitación y el barrio como ocurre en las vecindades de las colonias populares del viejo centro de la ciudad de México.

Un terremoto, por lo tanto, le agrega a la problemática de la vivienda una nueva magnitud, pero también nuevas facetas, efectos y alternativas antes insospechadas. Reiteradamente se ha señalado que el terremoto que asoló a la ciudad de México el 19 de septiembre de 1985 agravó la situación habitacional de amplios sectores de la población e incrementó el gran déficit de vivienda ya existente desde hace décadas. Lo inesperado y sorprendente fue la catástrofe y la tragedia, mas no las condiciones de deterioro, hacinamiento, abandono e insalubridad de las viviendas en arrendamiento dentro de los inmuebles llamados vecindades, así como la anarquía, especulación y corrupción en la construcción de las unidades habitacionales y edificios de departamentos destinados a las clases medias emergentes de los años 40.

En otros trabajos (Massolo, 1986, y fem./44) destacamos la importancia de las vecindades como modo de habitación popular en el espacio central de la ciudad, y a su vez la compleja problemática jurídica, económica y social que presenta, acumulada en el tiempo, esta zona de inquilinato. Se recordará que sobre este tipo de viviendas se aplicó en 1942 el decreto de congelación de rentas. Sin duda este tipo

de viviendas en arrendamiento han cumplido una función estratégica para la producción y permanencia de los grupos de trabajadores de bajos ingresos en el centro del Distrito Federal.

Cuando el encierro de la mujer entre las cuatro paredes de la casa se rompe por la fuerza destructiva de un terremoto, su presencia "privada", doméstica, oculta, es lanzada hacia el espacio público en un instantáneo parteaguas de sus vidas, en medio de un cúmulo de angustias, dificultades e incertidumbres, pero a través de un espacio abierto en el que irá levantando, nuevamente esas cuatro paredes y construyendo —para muchas de ellas, inéditas e insospechadas— experiencias de presencia y protagonismo colectivo, en la participación y organización vecinal para la lucha por la vivienda. Porque:

"Quedamos la mayoría en la calle, sin hogar y sufrimos un cambio emocional. Nos vimos obligadas a participar, hicimos luchas y seguimos luchando por los mismos problemas que siguen existiendo, por la vivienda porque quedamos en la calle".**

Entonces, vuelta al revés, desde la calle, de lo público, se reivindica la casa en esta esfera de la reproducción, que es una esfera de enormes carencias sociales y exclusiones en las ciudades de Latinoamérica, pero que se convierte en un vehículo para la acción, el aprendizaje y concientización política de las mujeres en tanto sujetos sociales de las clases subordinadas.

Sin embargo, es todavía insuficiente lo que hemos logrado conocer de la mujer y en la mujer como constructora del hábitat popular, haciendo y rehaciendo los muros de la vivienda, y actuando en la gestión de las necesidades y demandas de consumo colectivo. Menos sabemos todavía sobre la dimensión íntima de la mujer, personal y familiar, en relación a los impactos, cambios, crisis y resoluciones derivadas de su exposición e involucramiento en este espacio de lucha social.

Esta "cara oculta" en los estudios sobre los movimientos sociales urbanos, sobre la problemática global de la vivienda, sobre la autoconstrucción de la vivienda y la autogestión comunitaria de los servicios urbanos deberá ser cada vez más descubierta y profundizada por los trabajos de investigación, tanto desde el campo de la temática de la mujer como de los estudios del proceso de urbanización, que cubren disciplinas como la arquitectura, economía, sociología urbana, antropología social y ecología.

^{*} Testimonio citado en el Estudio Sociológico del Campamento Hortelanos 12 en la colonia Morelos, elaborado por los alumnos de la carrera de Sociología de la UAM-Iztapalapa: Ma. Concepción Corona, Ma. Elia Cuevas, Raquel Galván, Elías Hernández y Carmen Miranda. México, 1986 (multicopiado).

^{**} Testimonio de una señora vecina de la colonia Morelos y miembro de la *Unión Popular de Inquilinos de la Col. Morelos -Peña Morelos*, en el Taller "La participación social en la reconstrucción, con particular referencia al papel de la mujer". UNICEF-PIEM/COLMEX, noviembre de 1986. México.



(Arturo Fuentes)

La vivienda: desde la ventana de la mujer

El papel y las necesidades específicas de la mujer han recibido escasa atención por parte de las instituciones gubernamentales encargadas de elaborar las políticas y programas de vivienda. De hecho, la mujer de los sectores pobres urbanos ha sido la excluida permanente, no sólo del diseño de la vivienda sino de los programas de financiamiento y crédito. Esta realidad muy generalizada en los países del Tercer Mundo, ha sido analizada en el estudio preparado por el Centro de las Naciones Unidas para los Asentamientos Humanos sobre "La Mujer y los Asentamientos Humanos", en el que precisamente se plantea que: "Los obstáculos que se anteponen a la consideración del problema habitacional de la mujer como problema particular son, en primer lugar, la ignorancia del hecho de que los proyectos de vivienda tienen repercusiones distintas en el hombre y la mujer y, en segundo lugar, la falta de recursos financieros y administrativos en los organismos nacionales de vivienda y otros para orientar los programas a la atención de las necesidades especiales de la mujer". (HABITAT, 1985, p. 3)

Aunque por el imperio de la tradición ideológica y de los roles constituidos, se supone que la casa es "el lugar de la mujer", a pocos del poder público que toman decisiones les importa reconocer a las mujeres como interlocutoras válidas para saber de sus requerimientos, opiniones, propuestas, y condiciones concretas (desde "jefas de hogar", madres solteras, viudas, etc.) para poder acceder a un programa que les permita satisfacer su necesidad de vivienda. Comparativa-

mente, las mujeres de las clases trabajadoras en las ciudades viven en condiciones más desventajosas que los hombres de bajos ingresos, pues ellas deben sobrellevar desigualdades acumuladas, tienen menor escolaridad y menor capacitación para obtener empleos remunerados, son objeto de discriminaciones jurídicas e institucionales y se enfrentan a un "medio urbano más hostil y difícil de barajar". (HABITAT, cit.)

Por ejemplo, el análisis del empleo de las mujeres damnificadas por el sismo del 19 de septiembre, en base a la encuesta del ISSUNAM (De Barbieri y Guzmán, 1986) muestra que el 57.4 por ciento trabajaban como comerciantes y vendedoras; el 28 por ciento de las vendedoras en la rama del comercio con una fuerte presencia de las llamadas "por cuenta propia". Sólo el 14.4 por ciento realizan actividades con algún grado de calificación (profesionales, técnicas y empleadas privadas o públicas) y el 15.5 por ciento son obreras. De las mujeres que trabajan de comerciantes y vendedoras, el 16.6 por ciento no saber leer y el 35.1 por ciento no completó el ciclo de la escuela primaria. (De Barbieri y Guzmán, cit.)

También en esta población femenina se verifica la relación entre este tipo de actividades laborales y la situación de "jefas de hogar".

Si para el conjunto de las clases trabajadoras de bajos ingresos, con empleos inestables y excluidos de las instituciones de seguridad social, la satisfacción de la carencia de una vivienda adecuada por medio de los programas públicos es prácticamente inaccesible, para las mujeres "jefas de hogar" y para el creciente número de madres solteras también tra-

bajadoras es una situación en extremo desventajosa y difícil. Se enfrentan a prejuicios culturales, discriminaciones jurídicas e institucionales, explícitas o implícitas, a requisitos económicos y generalmente a una total desinformación que las colocan como un grupo social segregado específico, de no contar con el apoyo y experiencia de organizaciones urbanopopulares, asociaciones civiles y grupos profesionistas que luchan contra, entre otras, esta segregación de género en el derecho a la vivienda digna y mejores condiciones de vida urbana.

Es cierto lo que se ha dicho de que "aunque las necesidades materiales de habitación de la mujer puedan ser más intensas que las del hombre en situación análoga, no son fundamentalmente distintas. Lo que sí constituye una diferencia apreciable es el menor acceso que tiene la mujer a las oportunidades de mejorar su nivel de vida general y sus condiciones de habitación en particular". (HABITAT, cit. p. 58)

Con la diferencia adicional, muy evidente, de que las condiciones, calidad y ubicación de la vivienda en los barrios y colonias populares afectan más directamente a las mujeres, por todas las tareas domésticas y de consumo que tienen cotidianamente que desempeñar, y que les implican enormes esfuerzos y desgaste físico, emocional y de tiempo en su larga jornada de trabajo, (Cfr. Massolo y Díaz Rönner, cit.)

Es cierto también que la problemática de la vivienda debe enmarcarse dentro de la aguda crisis urbana y de financiamiento público de la vivienda desde mediados de la década de los 70.

Aparece así la autoconstrucción como la alternativa asumida en las mismas políticas estatales, frente a la demanda social acumulada y sin respuestas, retoman-

(Arturo Fuentes)



do la larga opción de autoconstrucción de los sectores sociales de bajos recursos quienes, como es el caso de México, han construido el 65 por ciento de su espacio habitacional. (Cfr. Garza y Schteingart, 1978)

Y, como se ha señalado, de esta forma "el estado y el capital descargan sobre los propios trabajadores parte de la reproducción de la fuerza de trabajo; ven empeorar sus condiciones de vida y están obligados a prolongar gratuitamente, para el capital, su jornada de trabajo. "Reducción de fondos para la vivienda social, contracción creciente de los subsidios y utilización creciente de la autoconstrucción son los elementos centrales con los cuales los gobiernos de los países de la región enfrentan, o más bien evaden enfrentar el problema de la vivienda popular." (Jaramillo y Schteingart, 1983, p. 20)

Entonces, desde la ventana de la mujer, la vemos participando en las tareas de autoconstrucción familiar de la vivienda. Sin embargo, como sucede con la omisión de la mujer en otros ámbitos de la vida social, en los trabajos de investigación sobre el tema de la vivienda en autoconstrucción, prácticamente no se menciona el involucramiento de la mujer en la autoconstrucción de la casa. (Chant, 1985). Esto no se debe exclusivamente a una omisión analítica, sino que proviene del "tradicional" autodesconocimiento y autodevaluación de las mismas mujeres sobre la diversidad de tareas y esfuerzos que realizan. El hombre aparece como el principal actor y casi único ejecutor de la autoconstrucción, pero la mujer constructora del hábitat popular colabora en la limpieza de los terrenos (frecuentemente sin urbanizar, con suelos pedregosos, irregulares e inundables), acarrea agua, los ladrillos, ayuda a preparar la mezcla y a levantar los muros, mientras cocina, hace las compras y a veces, incluso consigue algún ingreso en lo que puede y por donde puede. Pero parece que la participación de la mujer en la construcción de la vivienda todavía cae dentro de "la esfera de las actividades domésticas y es subvaluado como trabajo para la construcción per se. Los hombres a menudo dirán que ellos construyeron sus casas por sí solos". (Chant, cit. p. 12)

El problema del *machismo*, ahora en relación con la vivienda, es también resaltado en otro estudio sobre la mujer en la autoconstrucción (Kusnir y Largaespada, 1985), en tanto un doble juego en el que, por un lado, se niega a las mujeres la capacidad para compartir las decisiones sobre el cómo, dónde y cuándo la vivienda proyectada, y por el otro, se le relega la responsabilidad y esfuerzos para buscar una solución al problema de la vivienda, para hacer los trámites, obtener información y recursos y "suplir con su propio esfuerzo físico la ausencia del compañero". (Kusnir y Largaespada, cit. p. 38)

De todos modos, la participación de la mujer en los procesos constructivos puede llegar a desencadenar

experiencias y aprendizajes de diversa índole que modifiquen su papel subordinado y excluido. Todo dependerá del espacio social y político en el que se desarrollen los proyectos y experiencias.

Estos resultados y vivencias contrastan con el camino recorrido por las mujeres en las organizaciones de solicitantes de vivienda del movimiento urbano popular. Estos son grupos de pobladores que se organizan de manera autónoma del control y paternalismo estatal para obtener terrenos y autoconstruir la vivienda, dentro de proyectos alternativos para el hábitat popular, promoviendo la autogestión y participación colectiva en actividades y metas que rebasan el propósito de lograr una mejor vivienda.

Los espacios autónomos permiten la innovación, incitan a la búsqueda y prueba de formas distintas, más eficaces, menos burocratizadas y convencionales para solucionar problemas y necesidades, o para aliviarlos, pero no como paliativos impuestos sino como ejercicios de creatividad y participación social. En este sentido, la autoconstrucción, de la que nadie duda que significa una pesada sobrecarga de esfuerzos y trabajo (doble jornada y ¡triple! para las mujeres) se convierte en un eje articulador de iniciativas, proyectos y prácticas colectivas que irradia efectos de aspiraciones y lucha hacia otros objetivos, otros cambios. La valorización de la mujer y la batalla ideológica contra la violencia sexual, física y moral hacia las mujeres es uno de ellos. Se puede hacer mientras se pone un ladrillo encima del otro, mientras se discute un detalle del diseño de la vivienda o la conveniencia de aplicar una tecnología alternativa para los servicios.

"Nuestro trabajo en la construcción -dicen las mujeres de la U.C.I.S.V. Libertad- es completamente igual al de los compañeros, ya que al igual que ellos damos 12 horas semanales de trabajos como peón o de diferentes tipos de ayundantes. Así nos verán los sábados, domingos o entre semana, haciendo losetas (en las que casi somos especialistas), cargando carretillas, cubetas, acarreando tabiques, haciendo limpieza, armando fierro y hasta en colados". Pero, las mujeres en esta organización, que está realizando un programa de autoconstrucción con crédito del FONHAPO en el predio El Molino de la delegación Iztapalapa, constituyeron su comisión de mujeres con el objetivo de "apoyarnos unas a otras para valorizar nuestra presencia como mujeres en nuestra organización y en la sociedad en general".

Yo antes deseaba la muerte, ahora tengo por qué luchar

Parece una paradoja de la vida personal y social que la desolación, muerte y destrucción provocada por un terremoto abra la posibilidad de recuperar signos vita-

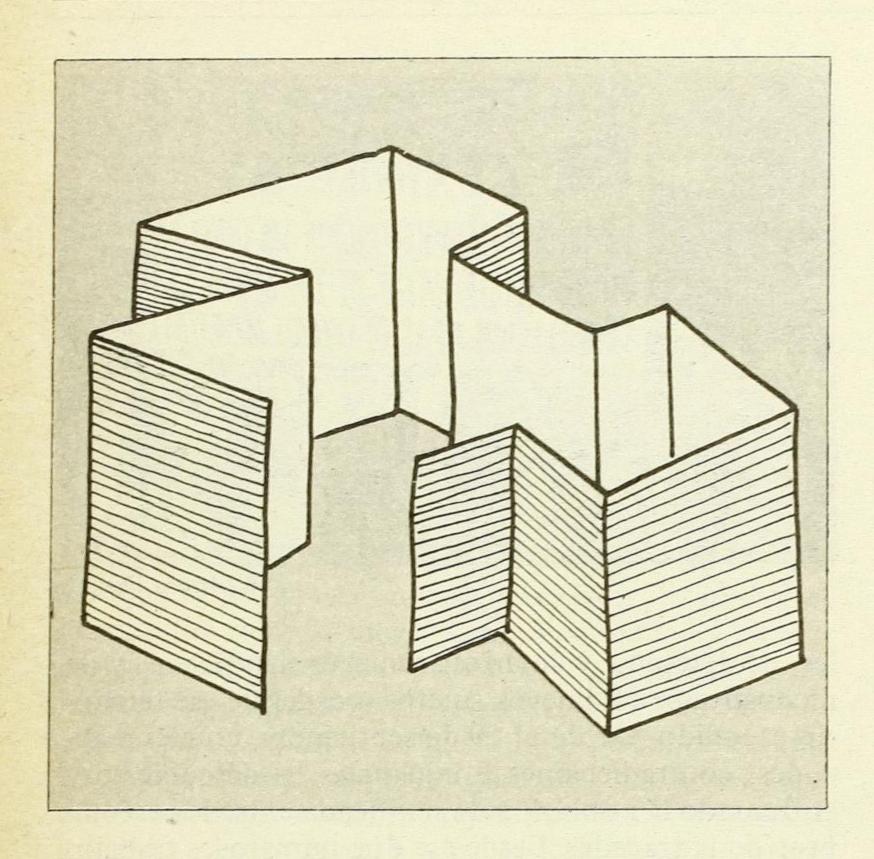


(Arturo Fuentes)

les, de descubrir y desarrollar nuevos significados y de reconstruirse en nuevos sujetos sociales de ese territorio sacudido. Desde el 19 de septiembre, crueles realidades, contradicciones e injusticias ha descubierto y enfrentado la población daminificada entre los escombros de la tragedia. Desde ese día, numerosos trabajos de investigación y reflexiones han tratado de contribuir al conocimiento y discusión de las causas, impactos y consecuencias del sismo en todos sus aspectos y dimensiones. Sobre la dimensión social, sobre la tan debatida "sociedad civil", sobre el conflicto político en torno a la reconstrucción de la vivienda y la emergencia del movimiento social de damnificados y la formación de la Coordinadora Unica de Damnificados (CUD), se han realizado los primeros registros y análisis que dejamos como contexto, para recuperar aquí esos signos vitales de la mujer que nos interesa destacar.

Si la identidad afectiva entre las paredes derrumbadas de la casa y el cuerpo de la mujer, produce la sensación de pérdida de una parte de sí misma, para muchas de ellas provocó una experiencia inédita: la pérdida, la ruptura de ese encierro interior, de ese aislamiento individual y colectivo y de esa exclusión de su capacidad y potencialidad para la lucha, la participación en la gestión social de los procesos urbanos y para el cambio de los patrones socio-psíquicos de la vida cotidiana.

"Antes todos vivíamos encerrados en nuestros propios problemas, no lo comunicábamos con nadie, no nos interesaba el problema de los demás. Nos estábamos acostumbrando a todo, ya nos habíamos deshumanizado. Con el sismo vimos que nos teníamos que ayudar los unos a los otros. Así nos fuimos enterando de los problemas de todos los vecinos y nosotros a tratar de resolverlos. Para mí fue un cambio muy distinto. Antes del sismo estábamos encerrados en nuestra vivienda. Ahora nos dedicamos a ir a juntas, a la delegación, a congresos. Tenemos más trato social y podemos relacionarnos con otras personas que saben más".



El sismo "dio a luz" un nuevo espacio público para las mujeres que se incorporaron a las organizaciones vecinales independientes del partido oficial, la mayoría constituidas a las pocas semanas de ocurrido el terremoto. (Cf. bibliografía, cit.) Calles para recorrer en manifestaciones de protesta y solidaridad, los espacios del poder (Plaza de la República, Palacio Legislativo, delegaciones, etc.) para ocuparlos en mítines y plantones, pasillos y oficinas de las dependencias del gobierno, atravesadas una y otra vez para demandar, informarse, tramitar, negociar, denunciar. Es decir, hacer la lucha pública, colectiva y solidaria por los derechos ciudadanos, por la restitución de la vivienda perdida respetando el derecho al arraigo, las condiciones económicas de los vecinos y los proyectos de reconstrucción de la vivienda de las organizaciones independientes. "Nos aventamos, dijimos, ¡vamos a atacar esta problemática!,

los hombres no tienen tiempo, creo que la mujer es más aventada y empezamos a trabajar: que nos vamos a una junta, a alguna entrevista, a la marcha. Nosotras siempre dijimos que sí, la misma gente se ha dado cuenta que la mujer está decidida a todo hasta lograr ese objetivo, no sólo de la vivienda sino otras cosas que podemos resolver como servicios, estancia infantil, lavandería, bibliotecas pues vemos las necesidades de nuestros hijos".*

Y porque, "no queremos un centro que se vea bien, jqueremos un centro en donde se viva bien!,

* Testimonio de una señora habitante de la colonia Doctores y miembro de la Unión de Vecinos de la Colonia Doctores, en el Taller UNICEF/PIEM-COLMEX, cit.

...hemos sufrido mucho y todos lo sabemos. Hemos andado de un lugar a otro, nos hemos encontrado puertas cerradas y oídos sordos. En momentos nos hemos sentido desmoralizados y cansados, sin deseos de seguir. Hemos tenido diferencias entre nosotros y nuestras familias han padecido mucho, pero también el sismo nos dejó cosas buenas. Porque desde el 19 de septiembre ya no somos los mismos. Ahora somos más conscientes. El sismo destruyó nuestras casas pero también nuestros egoísmos. Hemos aprendido mucho y ahora somos más compañeros."**

El aprendizaje para la construcción material de la vivienda y para las mujeres significó, además, probarse en otras jornadas de trabajo y otra forma de participación.

"Entre las cosas que me pasaron fueron los amarres, los hacía al revés, no sabía cómo hacerlos, por más que me decían. Otra fue poner mi primer tabique, lo tuve que quitar y volver a poner. Los muchachos me enseñaban, en mi caso Fernando. Yo le daba los tabiques y él los pegaba, después él ponía la hilera y yo otra..."

En el Taller organizado por el *Programa Interdisci-*plinario de Estudios de la Mujer (PIEM) de El Colegio
de México, bajo los auspicios de UNICEF, se compartieron y discutieron estas nuevas experiencias, vivencias y aprendizajes entre mujeres y hombres de las
organizaciones participantes. La autoconstrucción,
¿no más una sobreexplotación de la fuerza de trabajo?

No, porque también aquí depende del significado social y político que se le incorpore en las organizaciones, el papel que asumen los vecinos y las perspectivas hacia otros objetivos y luchas. Además, porque las mujeres ya han dejado de ser las desconocidas de siempre en estos asuntos.

"Las mujeres hemos podido participar en los proyectos, discutir con los estudiantes y profesores de arquitectura, con los vecinos, cómo se quería la distrubición de la cocina, el baño. Se ha dado la oportunidad para las mujeres de decidir en un espacio de la mujer como es la casa. Los proyectos los firmaron los vecinos y la gente vigila y protesta en Renovación Habitacional si las empresas no cumplen con lo acordado con los vecinos. Esto es bueno para la mujer.

¿Y lo que sigue, lo que vendrá de vuelta a la nueva casa? Deberemos entonces, otra vez mirar la vivienda desde la ventana de la mujer, entre esas cuatro paredes reconstruidas, pues muchas de ellas regresarán distintas. Porque recordemos lo que se dijo: "desde el 19 de septiembre ya no somos los mismos"...

^{**} Discurso de Leslie Serna, vecina de la colonia Centro zona sur del Zócalo, en la asamblea de fusión y constitución de la Unión Popular Nueva Tenochtitlán.